

gal el año 393; en Nápoles y en Francia en 398; en España en 399; en Etiopía, en Roma é Italia en 429; en Inglaterra en 665; en Westfalia en 759, y sucesivamente en todas las partes del globo.

En España, la orden de San Agustin ha producido hombres eminentes en virtud y saber, grandes oradores, célebres literatos, de algunos de los cuales habremos de ocuparnos oportunamente.

Respecto á las ediciones de las obras de San Agustin, debe consultarse, sin despreciar las de Erasmo y los teólogos Lobanienses, y nos parece la mejor la hecha por los monges de la congregacion de San Mauro, de la cual se han hecho diversas otras, entre ella una por Migne en 1854, digna de figurar en la biblioteca de un entusiasta del gran Padre, á quien hubiéramos juzgado con mas estension si las condiciones de este libro nos lo hubiesen permitido.

— 439 —
CAPITULO VIII.

Termina la edad de oro de la elocuencia cristiana.—Sulpicio Severo.—Orosio.—San Vicente de Lerins.—San Euquerio.—Salviano.—San Leon y San Gregorio Magno.

Sulpicio Severo.

Nació Sulpicio Severo el año 363, y siendo jóven todavía fué convertido á la fé cristiana por San Martin; de una familia poderosa y muy celebrado por su elocuencia en la carrera del foro, abandonó desde entonces el mundo, hizo donacion de su fortuna á los pobres y se entregó á la práctica de la virtud.

Su aficion al estudio no disminuyó en lo mas minimo, antes al contrario, retirado de los placeres y vanidades de la tierra escribió un compendio de la *Historia eclesiástica*, que ha llegado hasta nosotros con singular estimacion, grangeándole el título de *Salustio cristiano* con que es comunmente citado por los escritores sagrados.

La *Historia eclesiástica* de Sulpicio Severo se resiente menos que otras, de la monomania que ya en esta época era muy frecuente de reducir los anales del género humano, de encerrarlos en un cauce estrecho, y en el cual las aguas ricas y

abundantes de la tradicion, corren presurosas sin dejarnos disfrutar los preciosos detalles, esos interesantes pormenores que tanto nos encantan en las narraciones de Herodoto, y aun mas adelante, si bien en menor escala, en las de Tito Livio, Tucídides y Polibio.

Salustio y Tácito, siguiendo el impulso de los escritores que les precedieron, llevan demasiado lejos el prurito de abreviar, é inauguran la época de los *compiladores*, durante la cual se pierde todo encanto, toda belleza en el arte de referir, todo gusto de estilo, todo mérito en la forma, y se sacrifica á la brevedad, las flores de la poesia, los rasgos brillantes de la imaginacion, todo desarrollo filosófico y oratorio, en fin, que tan bien dice á los escritos á que en este momento nos referimos.

Cuando el compendio reemplaza á la historia quedan los hechos estériles y descarnados, viniendo á ser una cifra que cansa y fatiga nuestra memoria: no se escribe el libro, se hace un cuadro sinóptico, una tabla de materias, que si revela muchas veces ingenio, meditacion y estudio, es siempre monótona y á veces desagradable.

En la época en que Sulpicio Severo escribe la Historia eclesiástica, el mal gusto se habia hecho estensivo á todo género de escritos, y el gran mérito que hallamos en él, es el de haberse sabido librar en cierto sentido de los resultados de querer llevar á sus últimas consecuencias la monomanía de abreviar. Su historia, que comprende en solo dos libros una reseña de las vicisitudes de la religion desde el origen del mundo hasta el año 400, es realmente un *compendio*, como su autor la titula, y en él se vé el deseo de reducir al menor espacio posible lo muchísimo que habia estudiado y el gran número de datos que habia recogido para escribirla; pero el relato, aunque algo árido, tie-

ne algunos encantos y no se sacrifica por completo á la brevedad, una de las principales condiciones de una buena historia, que es el ser metódica y clara.

Sulpicio Severo se propuso un fin digno de todo elogio: quiso, al compendiar la historia de la religion en el mundo antiguo, preparar la idea religiosa en el mundo moderno; y aunque este propósito que se revela en él no llega á realizarse, mucho es ya para nosotros que lo hubiese intentado.

Entre Sulpicio Severo y Bossuet hay un abismo, pero á ambos anima un mismo pensamiento al escribir la historia de la religion. No hallándose Sulpicio Severo identificado por completo con la idea cristiana, no pudo realizar en su libro la *unidad* que presentia, á que parecia aspirar, y que en la historia solo al cristianismo le era dable conseguir. Los griegos y los romanos no pudieron comprender la unidad en la historia, porque desconocian el alto principio de la unidad de la especie y la fraternidad comun del género humano en que la fundó el cristianismo. Herodoto, que entre todos los historiadores es el que presta mayor atencion á lo que no es griego, que reune datos de sumo interés relativos al Egipto, á la Persia y á otros paises, Herodoto coloca estos hechos fuera del cuadro principal, sin que vengan á formar parte del argumento dramático de su obra, porque su sola heroína es la Grecia en lucha abierta con la Persia, y todo lo demás es un accesorio. Si las diferentes naciones de que hace mérito se hallan puestas en relacion con la accion dominante, es á causa del arte épico de la composicion, y no por una mira filosófica del historiador. Para los romanos hubo cierta *unidad* en el mundo; pero esta fué la unidad que de ellos provenia; la unidad invasora de la conquista que sucesivamente absorbía todas las partes del universo, y que al absor-

berlas, les arrancaba su personalidad y su propia vida. ¿Qué romano se cuidó nunca de referir los pasados acontecimientos de las naciones que Roma había vencido? Estas naciones le eran de todo punto indiferentes hasta el día de su esclavitud. No podía, pues, existir fraternidad ni vínculo alguno entre Roma ó Grecia y el resto de los pueblos. Durante muchos siglos, el mundo oriental y el mundo bárbaro coexistían sin conocerse; las diversas fracciones de la humanidad eran casi estrañas unas á otras, como planetas diferentes ó como fragmentos de un planeta destrozado que dan vueltas por el espacio. Antes del cristianismo había *familias humanas*, pero no había *género humano*. Espiraba el imperio de Asiria cuando Roma acababa de nacer y esta ignoraba un acontecimiento tan importante. Herodoto á su vez desconocía la existencia de Roma, y Coriolano no había oído nunca hablar de su contemporáneo Temístocles.

Hallándose fraccionado el mundo de tal modo, la historia no podía elevarse á la idea de la *unidad* humana. La historia universal fué imposible antes del cristianismo. Este, por el contrario, contenía la idea fundamental que San Agustín, que Eusebio, Sulpicio Severo y Bossuet han sabido colocar á su mayor altura y sublimidad; la idea de la Providencia gobernadora de los siglos; idea sin la cual no hay filosofía posible en la historia, ni fuera de ella concebimos lo que hoy se llama filosofía de la historia. Por otra parte, el cristianismo tenía tradiciones anteriores á su cuna que ligaban su origen con el origen del mundo, y á las que únicamente era posible atribuir la suerte de los judíos y de los gentiles. Severo comprendió esto mismo, pero no supo aprovecharlo por completo; parece que rehusa por temor el citar con exceso á los autores profanos,

absteniéndose de manifestar la armonía de los caminos de la gentilidad con los del cristianismo. No habla de griegos ni de romanos, sino cuando le es inevitable. En resumen, es la débil tentativa de una obra sublime, es el vago y remoto prelude de la magnífica epopeya que había de escribirse después.

Otra obra que honra mucho á Sulpicio Severo es la *Vida de San Martín de Tours*, compuesta á ruegos de muchos de sus amigos. Comprende esta vida la biografía del santo, dos diálogos y tres cartas suplementarias que contienen notables noticias de la historia de San Martín.

Orosio.

Habiéndonos ocupado de Sulpicio Severo bajo el punto de vista de historiador cristiano, no debemos olvidar á Orosio, autor de una *Historia* dividida en siete libros, que abraza desde el principio del mundo hasta el año 316 de Jesucristo.

San Agustín, en la grandeza de su plan y desde el elevado punto de vista donde se había colocado al contemplar la Ciudad de Dios, no pudo descender á pormenores, ni detenerse en detalles: Orosio, su discípulo, vino á encargarse de llenar este vacío, declarando en términos explícitos de respeto y de obediencia en el principio de su obra, que solo quiere presentar algunas pruebas particulares, algunos hechos nuevos á la tesis tan elocuente y tan magníficamente sostenida y desenvuelta por su maestro.

Para conseguirlo se fija en un punto especial, á saber, la reconvencción que se hacía á los cristianos de ser la causa de las calamidades que desde su aparición afligían el imperio. Entrando después en materia y subiendo, como él dice, á la cima

del mundo, vuelve Orosio á tomar y continúa, por en medio de los siglos y de las naciones, la larga y horrorosa historia de las calamidades de toda especie que han desolado el universo; tarea en la cual se muestra fiel narrador de todos los azotes que afligieron á la humanidad. En medio de esos tristes recuerdos, de esas fúnebres imágenes y de esas ruinas de imperios, las ideas y el estilo de Orosio toman un singular matiz de sombría energía y de vigorosa precisión, cual si en él se hubiese concentrado anticipadamente el genio y el colorido de nuestros grandes pintores.

La fuerza de convicción que Orosio dá á la apología, constituye el mérito principal de su Historia, en cuyas primeras páginas no es dable adivinar que un escritor que tan sencillamente se inicia, sea despues el fiel discípulo y el humilde comentador, si así podemos decirlo, de la gran obra de San Agustín. Orosio, no obstante esta sumisión y respeto, tiene un carácter original, no porque espese con frecuencia ideas distintas de las del angélico doctor, sino porque las formula de una manera mas clara y mas exacta, las pone mas en relieve y las presenta con mayor fuerza. Así, pues, la acción de Dios sobre el destino de las naciones, y particularmente del imperio romano, al que hace contribuir á la preparación y al establecimiento de la religion cristiana, nos parece casi mejor desenvuelta y demostrada en Orosio que en San Agustín.

Vemos tambien en este historiador una idea que no fué tomada de su maestro, y que bajo su pluma, por medio de un giro exacto y vigoroso, adquiere un sorprendente carácter: tal es la idea de la unidad moral de que antes hemos hablado, establecida por el cristianismo, unidad que de todos los hombres hace una misma familia, y de todos los imperios una misma patria.

En fin, Orosio, como escritor, tiene un mérito raro entre muchos otros autores de su época: su obra está escrita con orden y con enlace; desde el principio indica las principales divisiones, las observa y las sigue con exactitud en los libros siguientes. Si desde luego recorre con celeridad los grandes imperios de Oriente, si se detiene algunos instantes en Grecia, demostrando su impaciencia por llegar al imperio romano, principal objeto de su tesis, bosqueja la historia de los pueblos sobre que se ocupa á grandes rasgos, con términos enérgicos y muy semejantes á veces al vigor y á la concisión de Tácito; dá á conocer sus vicisitudes, sigue su historia por medio de los siglos, y la encamina con claridad y orden hasta el instante en que la historia de Roma es la de la religion cristiana.

La regularidad cronológica que se observa en la obra de Orosio y que hace algun tanto fatigosa su lectura, está compensada por la fé que este insigne escritor, hijo de nuestra patria, revela en la ley del progreso como hija de la Providencia, que con mano bondadosa guía á los hombres, á las familias y á los pueblos á la unidad y la perfectibilidad cristiana, límite en la tierra de la dicha y la ventura del género humano.

La obra de Orosio fué de las primeras que se imprimieron, y se leyó y tradujo con gran fruto durante la edad media.

Al llegar á este punto, comienza á abrirse ante nuestra vista una nueva era en la predicación del Evangelio: siéntense los albores de una época distinta, espira la edad de oro de la palabra santa, y solo por algunos instantes se prolonga el gran siglo de San Juan Crisóstomo, momento que nosotros debíamos incluir en este primer libro para entrar desembarazadamente

y sin traba alguna en el estudio del segundo período, en que hemos creído conveniente subdividir la historia de la oratoria cristiana.

Los bárbaros que, al precipitarse sobre el imperio y asolar sus mas hermosas provincias cumplieron una mision providencial, continuaron sus escursiones y correrías por muchos siglos; y en medio del estruendo y la confusion del combate, se percibe como única voz de consuelo, de enseñanza y de consejo, la voz de los ministros de Jesucristo, que mantienen el sagrado fuego, salvan de la destruccion general, no solo las obras inspiradas por el espíritu cristiano, sino tambien la mayor parte de los grandes monumentos de la antigüedad pagana; conservan para mas dichoso porvenir el idioma del pueblo rey, en el cual cantan sus himnos de alabanzas proclamando los divinos misterios de un culto encantador, y trazan por fin obras en las cuales, si se dejan dominar algun tanto del mal gusto en cuanto á la forma, no por eso carecen de la mayor elevacion en las ideas.

La isla de Lerins recogió en los primeros momentos del naufragio algunos séres privilegiados: soldados valerosos en medio del combate, solitarios fervorosos en el retiro; hombres de superior talento y de gloriosa historia, que prefieren el rico verdor de los campos, las aguas cristalinas, las flores y los encantos de la naturaleza para descansar de grandes fatigas, á los placeres pasajeros de un mundo que olvida mas pronto nuestra existencia que se borra la huella que imprime en la tierra nuestra planta; desierto lleno de poesia, Tebaida milagrosa que se forma en el siglo V para llenar de admiracion y de esperanza á los que pudieran desmayar en medio del caos y la perturbacion general.

San Vicente de Lerins.

Uno de los impugnadores mas poderosos de la heregía de Nestorio fué San Vicente, natural de las Galias, y cuya figura aparece á mediados del siglo V en todo su esplendor.

En sus primeros años ejerció la profesion de las armas; pero desengañado mas tarde de los efimeros placeres de una vida disipada y nada reflexiva, se refugió al fin en el puerto de la religion, «refugio favorable siempre á los hombres, segun sus propias palabras, donde aplacando á Dios por medio del sacrificio y de la humildad procuró evitar, no solo los naufragios de la vida presente, sino tambien las llamas del siglo futuro.»

Vicente de Lerins escribió en la soledad un libro con el título de *Commonitorio de un Peregrino contra los hereges*, comparado con mucha frecuencia con las *Prescripciones* de Tertuliano, y al cual su traductor el abate Ray califica de ingenioso, hábil y bien meditado. Escrito, en efecto, en lenguaje sencillo, está al alcance de las inteligencias todas, sin perder por esto la fuerza, la exactitud y aun la elegancia del estilo.

No tan vigoroso, violento y enérgico como el autor de las *Prescripciones*, sobre cuyas huellas suele amoldar su razonamiento; no tan febril, oscuro y áspero, tiene mayor unción, mas método y mas abundancia, sin ser por esto menos enérgico y menos exacto. Aun los mas ignorantes pueden leer este libro con provecho, á pesar de que cuando Vicente, cuya precision no perjudica nada á la flexibilidad, á la claridad, al nú-

mero y á la armonía, quiere dar á su idea mayor brillo y mayor estension, ¡qué encanto y qué magestad no desplegal

Para completar el ligero juicio que acabamos de hacer del *Commonitorio* de San Vicente, traduciremos algunos de sus pasajes mas elocuentes:

«Siempre es para mí nuevo objeto de admiracion el que, á pesar de su talento, haya hombres tan abandonados que no puedan mantenerse en las reglas de creencia, revestidas con el venerando sello de la antigüedad, sino que agitados con criminal inquietud, procuran añadir, trocar y cercenar algo á la religion, como si el dogma de la fé no fuera una revelacion celestial suficiente para conseguir la salvacion del género humano, y como si este dogma se asemejara á las instituciones de los hombres que no llegan á su perfeccion, sino por medio de continuos cambios y frecuentes reformas.

¡Pues qué! me dirán, ¿no es permitido adelantar en el estudio de la religion? Positivamente, y todo lo mas que se pueda: preciso seria declararse enemigo de Dios y de los hombres para decir que eso no nos es lícito, y reprobarlo. Pero adelantar en la fé no es trocirla; la perfeccion supone la permanencia constante, es el crecimiento, no la variacion ni el cambio; no es progresar otra cosa que adelantar, y adelantar sin que la cosa deje de ser lo que era ni se convierta en otra de modo alguno. Yo aplaudo el que una santa emulacion inflame tanto los particulares, como al cuerpo entero de la Iglesia; cada siglo debe enriquecerse con el que le precedió, y adelantar en saber, en inteligencia, en gusto por las cosas divinas, sin separarse nunca de los mismos sentidos, de la misma fé y de los mismos dogmas. El cuerpo humano, por crecer y fortalecerse con la edad, no deja de ser siempre el mismo.

Menester es, pues, que la religion cristiana sea arreglada

en su doctrina y siga las graduaciones de su mayor desarrollo. Menester es que se estienda con la sucesion de los tiempos, que se asegure con el curso de los años, y que con la série de los siglos se eleve á la perfeccion que espera de su origen celestial. Porque, al fin, la religion cristiana es un cuerpo tan perfecto en todas sus partes, que no puede recibir, ni alteracion en sí mismo, ni menoscabo en sus propiedades, ni mudanza en sus decretos.

Sabemos que nuestros mayores sembraron en el campo de la Iglesia la pura semilla de la fé, y seria por nuestra parte repugnante y criminal inconsecuencia el querer recoger, no el grano, sino la emponzoñada cizaña del error. Cultivemos, pues, y conservemos en su pureza los saludables gérmenes que ha producido tan dichosa semilla, y no destruyamos el campo. Si á cada cual le fuese permitido innovar, la religion entera desapareceria, y segregado un dogma, cada cual se creeria con derecho para cercenar hoy uno y mañana otro, y desprendiendo por este medio las piedras, seria inevitable la ruina total del edificio. Si nos fuese lícito proceder de tal modo, nada habria sagrado é inviolable en la Iglesia, y el angusto santuario de la verdad quedaria reducido á una mundana congregacion, espuesta á todos los caprichos de las pasiones humanas.»

San Euquerio.

Forma admirable contraste con la energía y rudeza de Salviano, de quien vamos á ocuparnos inmediatamente, la dulce melancolía y tierna espresion de San Euquerio, otro de los famosos solitarios de la isla de Lerins, autor de dos obras del mayor interés y de un género de elocuencia digno de elogio: titúlense, la una *Elogio de la soledad*, y la otra *Tratado del desprecio del mundo y de la filosofia del siglo*.

Hay en San Euquerio rasgos de refinamiento y de afecta-